

UNA INDAGACIÓN SOBRE LA MELANCOLÍA

Origen del término *melancolía*

El término castellano *melancolía* procede del griego *melankholía*, que es un nombre compuesto del adjetivo *melaina* (*mélas-aina-an*), "negro-a", y del sustantivo *kholê*, "bilis"¹. Significa literalmente "bilis negra". Antes de quedar fijada la actual grafía castellana, encontramos una serie de variantes que llegan hasta avanzado el siglo XVII: *malenconía* (término muy usado desde **Calila e Dimna** en el siglo XIII hasta el **Quijote**), *malanconía*, *malancolía* y *malencolía*, que se explican por metátesis de las vocales y disimilación consonántica. Aunque poco utilizado, existe el verbo *melancolizar/se* que significa *entristecer/se*.

En latín se mantuvo separado el original compuesto griego y se tradujo por *atra bilis* o *nigra cholera*, si bien se siguió usando el adjetivo *melancholicus*². Dentro de un contexto aristotélico, hallamos en Cicerón diversas referencias a él, aunque subrayando el aspecto de tensión y violencia como indica su propia traducción de *melankholía* por *furor*³. Algún autor latino llegó a relacionar la melancolía con la hidrofobia o rabia. San Isidoro en sus *Etimologías* considera el aspecto fisiológico de la melancolía al observar que la hiel abundante procede de la coagulación de la sangre negra.

Un autor medieval que, por su profunda conexión con el aristotelismo, prestó especial atención al tema, fue Tomás de Aquino. Partiendo del esquema hipocrático, encontramos en él nuevos desarrollos de carácter psicológico y ético. Así, por ejemplo, en su observación del atardecer como la hora melancólica⁴ y en su afirmación de que, debido a su naturaleza seca y térrea, los espíritus terrestres y oscuros que poseen a los melancólicos les conducen a la tristeza⁵. En su distinción de los caracteres humanos según su diversa constitución física encontramos el eco del naturalismo griego, aunque él deja claro que, desde una perspectiva ética, lo que debe importarnos son los hábitos voluntarios: "los flemáticos son por naturaleza perezosos, los coléricos son iracundos, los melancólicos, tristes, y los sanguíneos, alegres"⁶.

Volvamos ahora al griego. En esta lengua existen el verbo *melankholáô*, el sustantivo ya citado *melankholía*, el adjetivo *melankholikós* y el adverbio *melankholikôs*. En Homero se aplica el adjetivo *mélas-aina-an* a la sangre, al vino, al agua del mar y, de modo metafórico, a la muerte. Como forma sustantivada *mélan* significó "tinta".

Sin embargo, el uso del nombre *melankholía* no procede del lenguaje poético ni del lenguaje popular sino que es en su origen un término médico procedente del llamado **Corpus Hippocraticum**. En efecto, para los miembros de

¹ El presente texto tiene su origen en la conferencia que pronuncié en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga el día 26 de Mayo de 2005 con motivo del 25 aniversario de la creación del Departamento de Filosofía, en una versión ahora ampliada y corregida.

² Del latín se deriva nuestro adjetivo *atrabiliario*, definido por María Moliner como "irascible o irritable, de genio desigual o de carácter violento".

³ *Tusculanae Disputationes* 5.11.

⁴ Tomás de Aquino, *In Psalmos*, 29,4

⁵ Tomás de Aquino, *In IV Sententiarum*, 49,3,2. Véase también *In libros De memoria et reminiscencia*, 8,4-6.

⁶ Tomás de Aquino, *Sententia libri Ethicorum*, 3,12,1.

la escuela de Cos se pueden distinguir cuatro clases de humores: la sangre, la flema, la bilis amarilla y la bilis negra (*mélaina kholê*). La primera es caliente y húmeda; la segunda, fría y húmeda; la bilis amarilla, caliente y seca; y la bilis negra, fría y seca. Del predominio de unos u otros humores se derivan para los hipocráticos estos diversos temperamentos: sanguíneo, flemático, bilioso y melancólico o atrabiliario (ya que en latín, como vimos, se tradujo inicialmente *melankholía* como *atra bilis*).

En un conocido tratado hipocrático se alude, por ejemplo, a la aparición de la *melancolía* en los biliosos cuando el verano y el comienzo del otoño han sido secos y ha soplado el viento del Norte, "porque la parte más húmeda y acuosa de la bilis se seca y agota, pero se queda la parte más densa y agria"⁷. Averroes, al comentar este pasaje en su enciclopedia médica, nos dice que con una meteorología tal "sobrevendrán enfermedades melancólicas" en el otoño y que entonces "las fiebres son originadas por la melancolía"⁸. Tomando como modelo a Demócrito, hallamos también en las *Cartas pseudo-hipocráticas* una interesante descripción de los rasgos que caracterizan a los melancólicos (son solitarios, taciturnos y amantes de los lugares aislados, se nos dice)⁹.

La melancolía o bilis negra aparece mencionada asimismo en varias ocasiones en las páginas de otro tratado hipocrático dedicado a la descripción de diversas enfermedades y a su respectivo tratamiento, redactado hacia la segunda mitad del siglo V a.C., y de probable origen cuido¹⁰. Aunque es una cuestión discutida, parece deducirse de este tratado que la bilis negra constituye una modalidad de la bilis y que se produce por una alteración de ésta¹¹. Por otra parte, se afirma que la bilis negra causa a veces enfermedades del riñón (cap. 16), del hígado (cap. 27) y del bazo, sobre todo en el otoño (cap. 34), así como un color oscuro en la piel del que sufre cierta clase de tifus (cap. 43).

En resumen, los hipocráticos conciben en general la *melancolía* como una enfermedad que se origina por un exceso de bilis negra y que se caracteriza por frecuentes estados fóbicos y maníaco-depresivos.

Aristóteles: la genialidad de los melancólicos

El primero que supera ese marco patológico y que conecta la *melancolía* con el genio es Aristóteles. De él deriva toda una brillante e ininterrumpida

⁷ *Sobre los aires, aguas y lugares*, 10, en *Tratados Hipocráticos, II*, traducción de J.A. López Férez, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1986, p. 64, quien, con acierto, mantiene el término castellano "melancolía". Hay también traducción de J. Alsina en *La Medicina Hipocrática*, Madrid, CSIC, 1976, pp. 232-233, quien, sin embargo, ha preferido traducir *melankholía* por "hipocondria", es decir, una "depresión morbosa del ánimo, generalmente acompañada de melancolía", como la define María Moliner, siguiendo así una tendencia general de los estudiosos que oculta el origen del término. Sobre la teoría de los humores, véase el estudio de Pedro Laín Entralgo en *La Medicina Hipocrática*, p. 77 y ss.

⁸ Averroes, *El libro de las generalidades de la medicina*, traducción de M.C. Vázquez de Benito y C. Álvarez de Morales, Madrid, Editorial Trotta, 2003, parágrafo 81, p. 192.

⁹ *Oeuvres complètes d'Hippocrate*, edición de E. Littré, París, vol. IX, pp. 330-332.

¹⁰ *Sobre las afecciones internas*, en *Tratados hipocráticos, VI*, traducción de M^a D. Lara Nava, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1990, pp. 197-280. Los capítulos en los que se menciona la melancolía son los siguientes: 4, 5, 16, 27, 34 y 43.

¹¹ *Ibid.*, cap. 20, p. 232.

tradición que ha llegado hasta nuestros días y que ha producido a lo largo de los siglos fecundas reflexiones filosóficas, bellos ensayos y también singulares obras de arte. El texto fundamental aristotélico procede de *Problêmata*, XXX, 1. Su estructura formal, el desarrollo de la argumentación y su estilo literario inclinan a pensar más en un texto elaborado parcialmente por Aristóteles y ampliado después en el círculo del Liceo, aunque autores antiguos como Séneca, Cicerón y Plutarco no dudaran de la autoría del Estagirita.. Que el tema atrajo también a otros filósofos peripatéticos nos lo confirma el hecho de que Teofrasto escribiera un tratado *Peri melankholías* que, por desgracia, no se ha conservado¹².

La pregunta inicial aristotélica, que tanto eco ha tenido en la historia, condensa bien la novedad de su planteamiento: "¿Por qué todos los hombres geniales en filosofía, política, poesía o en las artes son melancólicos, y algunos hasta tal punto que son afectados por enfermedades que se derivan de la bilis negra?"¹³ Aristóteles nos ofrece dos ejemplos muy distintos del temperamento melancólico: por una parte, acude a la mitología griega y encuentra un caso paradigmático en la locura final de Hércules y de otros héroes homéricos; por otra, introduce como modelos del mismo temperamento a los principales filósofos y poetas griegos: "entre los más recientes, Empédocles, Platón, Sócrates y otros hombres ilustres, así como la mayoría de los poetas"¹⁴. En este segundo caso, se está intentando desligar la melancolía de la patología médica para considerarla sobre todo un rasgo definitorio del genio que, si bien corre el peligro de quedar atrapado por la enfermedad, puede alcanzar un equilibrio vital compatible con una constitución física marcada pero no anulada en su capacidad intelectual y artística por ese tipo de temperamento.

Para explicar mejor su concepción de la melancolía acude a un ejemplo tomado de la vida práctica y, desde luego, muy popular en el área mediterránea: al vino. Aristóteles observa en los bebedores una variadísima tipología, desde los silenciosos y taciturnos a los enloquecidos y violentos pasando por los elocuentes, charlatanes, llorones, besucones, exaltados y estúpidos. Tan diferentes reacciones se derivarían del *êthos* individual y de la cantidad de vino que se beba. El vino puede despertar el talento humano en ocasiones pero nunca sustituir a la naturaleza como sustrato permanente del genio: "el vino produce la genialidad no por mucho tiempo sino por poco; la naturaleza, siempre, mientras vivamos"¹⁵.

Entre las observaciones fisiológicas que incluye el tratado aristotélico señalaría por su concreción estas dos: los temperamentos melancólicos son, en su mayoría, lujuriosos y también aficionados al placer de la masturbación. Desde el punto de vista enológico, se destaca la eficacia afrodisíaca del vino negro (a veces, creo que Aristóteles tendría *in mente* como tipo de *mélas oînos* algún vino parecido a nuestro *Pedro Ximén* o al espeso, oscuro y dulzón *Pajarete* de "Casa Guardia" donde solíamos acudir algunos compañeros al acabar las clases en el Colegio Universitario de Málaga, en plena Alameda, frente al puerto).

¹² Nuestra fuente es Diógenes Laercio en *Vidas de filósofos ilustres*, V, 44.

¹³ *Problêmata*, XXX, 1, 953a10-13. Disponemos de una inteligente edición de este pasaje aristotélico en Aristotele, *La "melanconia" dell' uomo di genio*, a cura di Carlo Angelino ed Enrica Salvaneschi, Génova, Il Melangolo, 1981.

¹⁴ *Ibid.*, 953a26-29.

¹⁵ *Ibid.*, 953b17-19.

Aristóteles, en última instancia, pretende hacer posible la genialidad humana, tanto en el terreno del pensamiento como en el del arte, no como una patología ni como un fruto maravilloso y ocasional del vino sino como un esforzado logro de aquellos temperamentos melancólicos que sufren la tensión humoral de los biliosos pero que se esfuerzan por mantener un equilibrio que evite su destrucción. "Todos los melancólicos son geniales no por enfermedad sino por naturaleza, *ou dià nóson, allà dià physin*", concluye el texto aristotélico¹⁶. Este equilibrio posible se refleja también en la expresión aristotélica *he melankholikè krâsis*¹⁷, donde se supone una armonía vital, y por tanto saludable, en los temperamentos melancólicos.

En otros lugares del **Corpus Aristotelicum** encontramos también breves referencias a la melancolía. Así, por ejemplo, en los **Parva Naturalia**. Veamos los principales pasajes. En una ocasión, se nos dice que las representaciones imaginativas, es decir, los *phantásmata*, mueven sobre todo a los melancólicos en detrimento de la rememoración¹⁸. Por otra parte, dado que el sueño es una especie de concentración del calor interno y los melancólicos son de naturaleza fría, éstos son poco propensos a dormirse¹⁹. Sin embargo, y como es lógico, son proclives a soñar dada su tendencia innata a fantasear²⁰.

Que el tema le siguió interesando a Aristóteles desde diversas perspectivas, lo podemos confirmar por una de sus más importantes obras auténticas, la **Ética Nicomáquea**. Al tratar de la *akrasía* o incontinencia, escribe: "La *akrasía* es precipitación o debilidad; unos, en efecto, reflexionan, pero, movidos por la pasión, no se atienen después a sus resoluciones; otros, al no reflexionar, son arrastrados por la pasión (...). Los irascibles y los melancólicos, en especial, son los más incontinentes con incontinencia impetuosa, pues los unos debido a su rapidez y los otros a su vehemencia, no se atienen a la razón por ser propensos a dejarse llevar de la imaginación"²¹.

Extrañamente, los dos principales traductores castellanos del texto aristotélico oscurecen este fragmento y al referirse a ambos temperamentos humanos hablan, respectivamente, de "los espabilados y los coléricos" (María Araujo) y de "los irritables y los coléricos" (Julio Pallí). Dejemos al margen lo de "espabilados", pues resulta incomprensible tal elección. Pero que ambos se olviden de que el segundo término aristotélico es *melankholikoí*, representa una tergiversación del pensamiento aristotélico. Guillermo de Moerbeke, que era un traductor más metódico que muchos de nuestros contemporáneos, vierte dicho adjetivo griego por el latino *melancholici*. Y Tomás de Aquino, que no sabía griego y se fiaba de las versiones grecolatinas de su hermano de Orden, comenta este pasaje con su característica finura hermenéutica: los melancólicos no esperan a que la razón delibere sino que siguen la primera imagen del apetito concupiscible "debido a la vehemencia del movimiento de la melancolía encendida, cuyo ímpetu

¹⁶ *Ibid.*, 955a39-40.

¹⁷ *Ibid.*, 954b 8.

¹⁸ *De memoria et reminiscencia*, 453a19.

¹⁹ *De somno et vigilia*, 457a27.

²⁰ *De divinatione per somnum*, 463b17.

²¹ *Ética nicomáquea*, 1150b18-28.

no puede el hombre fácilmente resistir, al igual que la tierra inflamada arde con más fuerza"²².

En un nuevo pasaje de la *Ética Nicomáquea* compara Aristóteles el ardor juvenil con la borrachera y vuelve a recomendar, en línea con lo que ya hemos visto en *Problémata*, la conveniencia de prestar atención médica a los melancólicos para intentar así equilibrar un temperamento que tiende siempre al exceso: "Igualmente, los jóvenes, a causa de su crecimiento, están en una condición semejante a los borrachos, y dulce cosa es la juventud. Los melancólicos de naturaleza necesitan siempre cuidado médico porque su cuerpo, debido a su peculiar constitución, está en una continua molestia y siempre preso de deseos violentos"²³.

Pues bien, otra vez ambos traductores castellanos ocultan de modo incomprensible el término aristotélico de *melankholikoí*, que, en una extraña perífrasis, vierten por "los de naturaleza excitable" (María Araujo) y "los hombres de naturaleza irritable" (Julio Pallí). Ajeno a este olvido filológico, escuchemos de nuevo las sabias palabras de Tomás de Aquino, tan llenas de espíritu aristotélico: "Los melancólicos según su disposición natural siempre necesitan medicinas contra las tristezas, porque su cuerpo padece cierta corrosión debido a la sequedad de su complejión. Por eso, tienen un vehemente apetito de deleite por el cual expelen sus tristezas"²⁴.

Debe mencionarse en el período post-aristotélico a Areteo, que vivió en la época de Trajano. Distinguió entre *melankholía* y *manía* (locura), representando la primera la fase inicial de la segunda: "se trata [la melancolía] de un estado depresivo basado en una obsesión de la facultad imaginativa, sin fiebre. Me parece que la melancolía representa la fase inicial de la locura"²⁵.

Galeno: los caracteres del alma dependen de los humores del cuerpo

La medicina hipocrática culmina en Galeno de Pérgamo, médico y filósofo del siglo II cuya extensa obra, conocida inicialmente a través del árabe, ha marcado la medicina occidental. Aunque su pensamiento filosófico es ecléctico y ofrece escasa originalidad, advertimos en él una lógica afinidad con el naturalismo aristotélico. Reafirma, por tanto, la teoría de los cuatro humores, que atribuye al 'divino Hipócrates': "Pues éste [Hipócrates] fue el primero de todos cuantos médicos y filósofos conocemos que intentó demostrar que en todas las cosas hay cuatro cualidades interactivas unas con otras, por las cuales nace y se destruye todo cuanto contiene en sí mismo nacimiento y destrucción. Y además, Hipócrates fue el primero de todos en reconocer que todas estas cualidades se mezclaban completamente unas con otras, y los principios de las demostraciones, de las que después se encarga Aristóteles, se pueden encontrar por primera vez escritos por

²² Tomás de Aquino, *Comentario a la Ética a Nicómaco de Aristóteles*, traducción de Ana Mallea, Pamplona, EUNSA, 2000, p. 290.

²³ *Ética nicomáquea*, 1154b14-18.

²⁴ Tomás de Aquino, *Comentario a la Ética a Nicómaco de Aristóteles*, cit., p. 309.

²⁵ Areteo, *Sobre la melancolía*, 3,5, en *Corpus Medicorum Graecorum*, vol. II, edición de C. Hude, Berlín-Leipzig, 1958, 2ª ed., p. 40.

aqué²⁶. La mezcla adecuada de los distintos humores, *eucrasia*, causa un equilibrio vital que llamamos salud; por el contrario, una mezcla desproporcionada de ellos, *diskrasia*, desequilibra el organismo y provoca la enfermedad.

Polemizando con Erasístrato, añade Galeno que el predominio de uno u otro humor no depende sólo de lo que hoy llamaríamos base genética sino también de la edad respectiva del paciente, pues en la infancia predomina la sangre, en la juventud la bilis amarilla, en la madurez la bilis negra y en la vejez la flema²⁷.

En la Edad Media, Averroes aprovechó el legado médico de Galeno, algunas de cuyas obras comentó con agudeza. Hasta que una conocida arabista española ofreciera su valiosa edición, primero en árabe y luego en traducción castellana, esas páginas no fueron rescatadas del olvido²⁸. Uno de sus más extensos comentarios es precisamente el **Taljīs sobre las Facultades naturales de Galeno**²⁹. En él Averroes sintetiza las aportaciones de Galeno, a quien critica a veces desde la madura medicina árabe y también desde su más profundo conocimiento de la filosofía aristotélica. En una ocasión censura la severa crítica galénica a dos precursores griegos contrastándola con el más dialéctico punto de vista de Aristóteles, porque "si no fuera por el precedente, no habría el consecuente. Y si otros médicos no te hubieran precedido, no habrías tú existido. Por otra parte, todo el que hace afirmaciones tratando de tomar la iniciativa e investigar, puede equivocarse, mas -como Aristóteles afirma-, hay que agradecersele, ya que su mérito radica en la ayuda que nos aporta en descubrir nuestras mentes"³⁰.

La perspectiva aquí de Averroes es básicamente médica, como corresponde al contenido de los escritos que comenta. A propósito de la formación de la bilis amarilla y de la bilis negra, que compara Galeno con la elaboración del vino, anota el sabio cordobés: "La formación de estos dos excedentes en el zumo [del vino] es más conocida que en los humores siendo posible reconocer a través de ellos los que en éstos existen. (...) De aquí se te pone de manifiesto la afirmación que hice al comentar su libro **Sobre los elementos**, de que estos dos humores pertenecen al género de las secreciones y no a los pilares fundamentales del cuerpo. Mas el equívoco proviene de que su permanencia en el cuerpo -en los conductos-, es necesaria para la vida; y porque la Naturaleza los emplea en actos útiles, a diferencia de los que son excedentes puros"³¹.

Por otra parte, las estaciones del año influyen también en los temperamentos aunque en cada una predomine un elemento particular, no

²⁶ Galeno, *Sobre las facultades naturales*, I, 2, traducción de Juana Zaragoza Gras, Madrid, Gredos, 2003, pp. 25-26.

²⁷ *Ibid.*, II, 8, p. 97.

²⁸ *Corpus Philosophorum Medii Aevi. Averrois Opera. Commentaria Averrois in Galenum*, edición del texto árabe por M^a Concepción Vázquez de Benito, Madrid, CSIC-IHAC, 1984; *La Medicina de Averroes: Comentarios a Galeno*, traducción de M^a Concepción Vázquez de Benito, Salamanca, Colegio Universitario de Zamora, 1987, hay reedición posterior.

²⁹ *La Medicina de Averroes: Comentarios a Galeno*, cit., pp. 121-194.

³⁰ *Ibid.*, p. 142.

³¹ *Ibid.*, p. 165. En el manuscrito B se añade la siguiente comparación: "...el excedente llamado *espuma* en el zumo es similar al denominado 'bilis amarilla' y que el que recibe el nombre de *poso* es afín a la bilis negra", *ibid.*, nota 5.

pudiéndose considerar según Averroes ninguna de ellas como equilibrada en sentido absoluto, en contra de lo que pensaba Galeno. " Es evidente, por otra parte, que en cada una de las estaciones del año predomina uno de los cuatro elementos con ellas relacionados, de suerte que gracias a este equilibrio existente y debido al exceso por igual de unas cualidades sobre las otras en épocas determinadas del año, es posible que no se vean alteradas, en su totalidad, las unas por las otras; siendo posible, también, que todo cuerpo constituido por los cuatro elementos mantenga la forma durante cierto tiempo, hasta el punto de que el invierno conserva la parte fría existente en los compuestos, y el verano, la cálida, al igual que sucede así en las restantes estaciones; de ahí precisamente que éstas colaboren en la permanencia del animal, plantas, los propios elementos y todo ser constituido por ellos. Este es pues el equilibrio natural existente en todo momento y no como dice Galeno que la primavera, aislada, es la equilibrada; porque si la compleción de todas las épocas fuese como la de la primavera, perecerían las cosas existentes"³².

En otra obra de madurez, muy interesante desde el punto de vista filosófico a pesar de su brevedad, partiendo de la división tripartita del alma formulada por Platón y de su localización respectiva (alma irascible en el corazón, concupiscible en el hígado y racional en el cerebro), Galeno rechaza la pretendida inmortalidad del alma racional defendida por Platón al subrayar la base fisiológica y corporal de toda actividad anímica, incluida la racional. Utilizando ahora terminología aristotélica, es decir, el concepto de *dynámis* o facultad en lugar del de *psykhé* o alma, reconduce la psicología platónica al naturalismo: "Ha quedado demostrado que las facultades del alma siguen su sustancia, si también lo hacen sus funciones. Si existe un tipo de alma racional, será mortal ; pues también es un temperamento del cerebro. Así pues, todas las especies y partes del alma tendrán capacidades derivadas de su temperamento, y éste será la sustancia del alma"³³.

Es en ese preciso contexto médico, muy alejado de las consideraciones éticas y psicológicas de Aristóteles que ya hemos visto, en el que Galeno introduce el tema de la melancolía para preguntarse por qué cuando se acumula bilis negra en el cerebro nos vemos arrastrados a la melancolía; pregunta para la que confiesa no haber encontrado respuesta³⁴.

Encontramos asimismo en este pasaje una curiosa referencia al vino. Antes de citar algunos versos de la **Odisea** referidos a los efectos del vino, comienza con esta afirmación genérica, en parte basada en la opinión común y en parte también en la experiencia personal: "Efectivamente el vino aligera todas las penas y aflicciones, y esto lo experimentamos a diario"³⁵. Un consumo moderado de vino es beneficioso para la salud, según Galeno, ya que "contribuye en gran manera a volver nuestra alma más mansa y a la vez más animosa, a través evidentemente del temperamento del cuerpo, el cual, a su vez, se produce por los humores"³⁶.

³² *Paráfrasis expositiva [taljís] sobre De la Compleción de Galeno*, en *La Medicina de Averroes: Comentarios a Galeno*, cit., p. 72.

³³ Galeno, *Las facultades del alma siguen los temperamentos del cuerpo*, 3, traducción de J. Zaragoza Gras, Madrid, Gredos, 2003, p. 173.

³⁴ *Ibid.*, p. 174.

³⁵ *Ibid.*, p. 175.

³⁶ *Ibid.*, p. 176.

Pero, al mismo tiempo, un uso excesivo del mismo puede influir negativamente en la conducta de algunos temperamentos (y aquí menciona en concreto a los melancólicos), e incluso llegar a provocar la muerte: "Quien piense que el alma posee una sustancia particular, necesariamente tendrá que reconocer que está sometida al temperamento del cuerpo, en la medida en que el vino puede separar el alma del cuerpo, llevar al delirio, privar de memoria y de inteligencia, volver a uno más triste, cobarde y sin coraje, *tal y como se manifiesta en los melancólicos*, y que quien bebe vino con moderación obtiene los efectos contrarios"³⁷. Más adelante, volverá a hablar del vino a propósito de las restricciones que en su uso aconsejaba Platón en las **Leyes** basándose en sus diversos efectos según la edad y que le llevaron a recomendarlo a los ancianos y a prohibirlo en los jóvenes³⁸.

En definitiva, Galeno avanza de modo considerable respecto a la medicina griega anterior por sus mejores conocimientos anatómicos y fisiológicos, aunque el fundamento de su patología sigue siendo, como en los hipocráticos, la doctrina de los cuatro humores. Reafirma el naturalismo de Aristóteles cuyas obras biológicas cita con frecuencia en este tratado. Pero se desinteresa de las reflexiones psicológicas, éticas y caracteriológicas que introdujo el Estagirita en el tema de la melancolía. Lo que él busca probar, y que repite en varias ocasiones, es toda una afirmación de principios: "las acciones y pasiones del alma siguen los temperamentos del cuerpo"³⁹, "las facultades del alma siguen los temperamentos del cuerpo, y no sólo las facultades que dependen de la parte irascible o concupiscible de ésta, sino también de la racional"⁴⁰.

La melancolía no supera, pues, en Galeno el estricto marco patológico en el que históricamente surgió: "La sumisión del alma a los males del cuerpo se observa visiblemente en las melancolías, los frenesíes y las locuras"⁴¹.

La filosofía melancólica de Marco Aurelio

El término "melancolía" y su tratamiento científico surgen, como ya hemos visto, en el círculo hipocrático, alcanzan en Aristóteles unas implicaciones sugerentes, al ser considerado el temperamento melancólico sustrato del genio especulativo y artístico, y continúan siendo después tema permanente de interés naturalista en la tradición médica greco-romana y árabe. Pero no serán los médicos griegos ni los filósofos peripatéticos quienes se caractericen por ser lo que llamamos "melancólicos". Es necesario distinguir este aspecto de la cuestión, si no queremos confundirnos.

Hay que acudir a una influyente escuela de pensamiento helenística como el Estoicismo para encontrarnos con una personalidad filosófica inequívocamente melancólica, el emperador romano Marco Aurelio quien, con expresión meditativa y gesto pacificador, ha quedado inmortalizado en la bella estatua ecuestre que domina la colina del Capitolio en Roma.

³⁷ *Ibid.*, pp. 176-177, cursiva mía.

³⁸ *Ibid.*, 10, pp. 196-200.

³⁹ *Ibid.*, 5, p. 181.

⁴⁰ *Ibid.*, 9, p. 193.

⁴¹ *Ibid.*, 5, p. 182.

De forma paradójica, este emperador romano que podría haber hecho realidad el original proyecto platónico de unir filosofía y política mediante la figura del filósofo-rey, expuesto en términos casi dramáticos en *La República*, volvió la espalda a los sueños racionalistas de Platón. En sus *Meditaciones* o *Soliloquios* encontramos, por el contrario, una filosofía ensimismada ⁴².

El punto de partida de Marco Aurelio es la permanente constatación de la brevedad de la vida y de la pequeñez de nuestro mundo en el universo: *brakhýs ho bíos*, "breve es la vida" es el lema repetido⁴³. Parece clara en este aspecto la influencia de Demócrito, cuyas palabras repite el emperador romano: "el universo es cambio; la vida, conjetura" ⁴⁴.

Veamos otros textos complementarios del filósofo estoico. Todo es flor de un día: "considera las cosas humanas como efímeras y de escaso valor. Ayer, un grumo; mañana, momia o ceniza. Así pues, obedece a la naturaleza en este breve intervalo de tiempo"⁴⁵. La fama póstuma se muestra para él inconsistente: "Dentro de poco, ceniza o esqueleto, y o bien un nombre o ni siquiera un nombre; y el nombre, un ruido y un eco" ⁴⁶. El recuerdo también se desvanece pronto: "todo es efímero, tanto el recuerdo como lo recordado" ⁴⁷. El mundo queda empequeñecido en el universo y nuestro tiempo es fugaz: "Asia, Europa, rincones del mundo; el mar entero, una gota de agua; el Atos, un pequeño terrón del mundo; todo el tiempo presente, un instante de la eternidad; todo es pequeño, mutable, caduco"⁴⁸.

En este breve peregrinar que significa la vida humana, donde el alma vaga como en un sueño, Marco Aurelio reconoce como único asidero la filosofía. Lejos de desesperar, encuentra en la reflexión filosófica no un saber para la acción política, como proponía Platón, sino una necesaria compañera de viaje para evitar la soledad y aliviar el desasosiego. Una vida humana digna de tal nombre necesitaría, pues, de la filosofía para comprender la naturaleza y para hallar consuelo en nuestra fugaz existencia. Por aquí comenzamos a entrever esa tenue luz estoica que puede ayudarnos a iluminar el camino. Releamos un significativo párrafo de las *Meditaciones*: "El tiempo de la vida humana, un punto; su sustancia, fluyente; su sensación, turbia; la composición del conjunto del cuerpo, fácilmente corruptible; su alma, una peonza; su fortuna, algo difícil de conjeturar; su fama, indescifrable. En pocas palabras: todo lo que pertenece al cuerpo, un río; sueño y vapor, lo que es propio del alma; la vida, guerra y estancia en tierra extraña; la fama póstuma, olvido. ¿Qué, pues, puede darnos compañía? Única y exclusivamente la filosofía"⁴⁹.

⁴² En adelante, sigo la edición de la Biblioteca Teubneriana: Marcus Aurelius, *Ad se ipsum libri XII*, edición de Joachim Dalfen, Leipzig, Teubner, 1987. Una buena traducción castellana es la de Ramón Bach Pellicer en Marco Aurelio, *Meditaciones*, Madrid, Gredos, 2001.

⁴³ *Meditaciones*, VI, 30.

⁴⁴ Demócrito, Fragmento, B 115, citado en *Meditaciones*, IV,3.

⁴⁵ *Meditaciones*, IV, 48.

⁴⁶ *Ibid.*, V, 33.

⁴⁷ *Ibid.*, IV, 35. Pensamientos similares en VII, 21 y IX, 30.

⁴⁸ *Ibid.*, VI, 36.

⁴⁹ *Ibid.*, II, 17, traducción de R. Bach.

En el contraste entre políticos y filósofos resalta la superioridad intelectual de estos últimos." Alejandro, César y Pompeyo ¿qué fueron en comparación con Diógenes, Heráclito y Sócrates? Éstos vieron cosas, sus causas, sus materias, y sus principios guías eran autosuficientes; pero aquéllos, ¡cuántas cosas ignoraban, de cuántas cosas eran esclavos!"⁵⁰ . Esta constatación le hace lamentar haber vivido él mismo lejos de la filosofía durante largo tiempo ⁵¹ . Pues la filosofía puede hacernos más humanos. Con ella es posible trazarse un programa de vida que, en la medida en que lo llevemos a cabo, nos conformará haciéndonos mejores. Es un decálogo nuevo, mundano y racionalista, el que nos propone aquí Marco Aurelio. "Mantente, por tanto, sencillo, bueno, puro, respetable, sin arrogancia, amigo de lo justo, piadoso, benévolo, afable, firme en el cumplimiento del deber. *Lucha por conservarte tal cual la filosofía ha querido hacerte*. Respeta a los dioses, protege a los hombres" ⁵² .

Este modo de vida filosófico conlleva una interiorización que no necesita de retiro exterior en un lugar concreto, bien sea el monte, la playa o el campo, sino sólo de saber retirarse en uno mismo: "en ninguna parte un hombre se retira con mayor tranquilidad y más calma que en su propia alma" ⁵³ . Y es un proceso de búsqueda permanente: "Cava en tu interior; en él está la fuente del bien que, si cavas siempre, siempre podrá brotar" ⁵⁴ . Pero necesita de un principio directivo o guía interior que no es otro que *tò hêgemonikón*, concepto-clave en el Estoicismo y que recorre muchas páginas de las **Meditaciones**. Mediante él, que es de naturaleza intelectual, el hombre puede, por una parte, hacer prevalecer la sociabilidad, *tò koinônîkón*, poniendo en práctica la ayuda mutua entre los seres humanos, y por otra, someter su naturaleza animal a la racionalidad que caracteriza a nuestra especie, siendo capaz, por tanto, de controlar los instintos y las pasiones⁵⁵ .

El horizonte que nos propone nuestro filósofo no es celestial ni maravilloso sino terrenal y modesto. Puede inducir ciertamente a la melancolía, como fue su caso, pero creo que puede ser suficiente para sostener una vida. "Recógete en ti mismo. El guía interior [racional] puede, por naturaleza, bastarse a sí mismo practicando la justicia y, según eso mismo, manteniendo la calma como el mar"⁵⁶ .

La melancolía en la literatura española: de **Calila e Dimna** al **Quijote**

⁵⁰ *Ibid.*, VIII, 3.

⁵¹ Véase *ibid.*, VIII, 1.

⁵² *Ibid.*, VI, 30, trad. cit., cursiva mía. En la última frase traduzco por mi parte *sôze anthrópous* como "proteger (o preservar) a los hombres" para no desnaturalizar el sentido inmanente del mandato moral de Marco Aurelio.

⁵³ *Ibid.*, IV, 3.

⁵⁴ *Ibid.*, VII, 59.

⁵⁵ *Ibid.*, VII, 55.

⁵⁶ *Ibid.*, VII, 28. El sustantivo griego *galênên* con que se cierra el párrafo fue introducido por Epicuro en el léxico filosófico y significaba literalmente "calma del mar"; aquí indica evidentemente la calma o serenidad que el hombre posee a semejanza del mar. Se trata, sin duda, de la elevación a concepto de una observación propia de quien habita junto al Mediterráneo, mar interior casi siempre en calma.

Durante la Edad Media hispana el término "melancolía" aparece con cierta frecuencia en diversas obras literarias. El uso más antiguo se remonta al siglo XIII, y más concretamente a dos valiosas muestras de la incipiente literatura castellana: **Calila e Dimna**, originariamente escrita en sánscrito, traducida después al persa, de esta lengua al árabe y más tarde del árabe al romance, y el **Libro de Alexandre**, poema erudito en cuaderna vía donde, a partir de fuentes novelescas helenísticas, se recrea el mito de Alejandro Magno. Emilio García Gómez descubrió huellas árabes en esta versión romance.

A propósito de la influencia arabo-andalusí, debe mencionarse al sabio iraquí Ishaq b. Imrân, quien vivió y murió en Ifriqiya habiendo escrito un **Libro de la Melancolía (Kitâb al-Mâlanjûliyâ)** que es citado por el sabio Sa'id al-Andalusí en su conocida obra historiográfica⁵⁷. Por otra parte, Corominas anota como palabra vulgar procedente del griego *melankholía* el nombre hispano-árabe *malâhûniya*, de donde se derivó el verbo *malhan* que, según interpreta él a partir de Ramón Martí, debió significar "volverse neurasténico"⁵⁸.

En Alfonso X el Sabio encontramos una amplia utilización del tema como era de esperar en alguien tan interesado en el naturalismo árabe, algunos de cuyos logros científicos ayudó a difundir. La grafía sigue sin fijarse de modo definitivo y por ello aparecen indistintamente los sustantivos *melancolía*, *malancolía*, *malencolía*, *malanconía*, *malenconía* y *melenconía*. Su definición de la melancolía como una enfermedad caracterizada por el exceso de bilis negra en virtud de la cual se tiende a la tristeza, refleja bien la tradición⁵⁹. Sí es, en cambio, novedosa la conexión alfonsina del tema con la astrología, tendencia muy acentuada desde el Medievo, así como la identificación de Saturno con la melancolía y de la que existen magníficas representaciones artísticas en la modernidad, como el bello grabado de Durero "Melencolia I". Veamos un texto claro al respecto: "cuando Saturno fuere en casa de la luna,...enfermará enfermedades frías de melancolía y tendrá dolores en sus miembros"⁶⁰.

También entronca con el naturalismo árabe, y más en concreto con su evolucionada medicina, su intento de sanar de la melancolía mediante el empleo como medicamento de determinada piedra curativa. "Es la piedra que dicen *bezebekaury*, y este nombre quiere decir en caldeo tolledor de tristezas y dador de alegría, porque ella tiene tal virtud que el que la trae consigo tuell el toda tristeza de cualquier natura que sea, y sana de todos los accidentes que vienen por razón de *melanconía*"⁶¹. Igualmente, el Rey Alfonso X reproduce la teoría hipocrática de los cuatro humores reafirmando la influencia en ellos de las estaciones del año, de tal modo que la melancolía predominaría en el otoño⁶², afirmación ésta que ha

⁵⁷ *Historia de la filosofía y de las ciencias o Libro de las Categorías de las Naciones*, traducción de Eloísa Llaveró, Madrid, Editorial Trotta, 2000, párrafos 151-152.

⁵⁸ Joan Corominas, *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, Madrid, Editorial Gredos, s.v.

⁵⁹ *Judizios de las estrellas*, fol. 106r 48. Este libro de Aly Aben Ragel fue traducido del árabe por orden del Rey. Hay edición de G. Hilty, Madrid, RAE, 1954.

⁶⁰ *Ibid.*, fol. 229r 7.

⁶¹ *Lapidario*, fol. 80v 18. Aparecen también en *Lapidario* otros distintos nombres para designar a la piedra medicinal de la melancolía: *mecelucan*, *adehenic* y *menefix*.

⁶² *Libro de Acedrex, Dados e Tablas*, fol. 87r 62.

pasado de la literatura médica antigua a formar parte de la opinión vulgar de la gente.

Ofrece interés el tratamiento del tema en el famoso **Vocabulario** de Alfonso de Palencia, aparecido a finales del siglo XV. Para él la melancolía es una enfermedad mental que provoca la tristeza: *Est melancolia mania passio quedam cerebri. Melancolicus in nigrum declinat colorem* ⁶³. Al definir la melancolía como tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente, nacida de causas físicas o morales, que hace que no encuentre el que la padece gusto ni diversión en ninguna cosa, Alfonso de Palencia se aleja del enfoque médico del problema y se aproxima a lo que será la mentalidad romántica posterior.

Como síntesis de las aportaciones anteriores a las que integra y al tiempo supera por su amplitud de miras, podemos considerar la excelente referencia de Covarrubias en su conocido Diccionario, impreso a principios del siglo XVII. "**Melancolía**. Enfermedad conocida y pasión mui ordinaria, donde ay poco contento y gusto; es nombre griego *melankholía, melancholia, atrabilis*. Suélenla definir en esta forma: *Melancholia est mentis alienatio ex atrabile nata cum moestitia metuque coniuncta* [La melancolía es una enajenación mental nacida de la bilis negra y acompañada de tristeza y miedo]. Pero no qualquiera tristeza se puede llamar melancolía en este rigor; aunque dezimos estar uno melancólico quando está triste y pensativo de alguna cosa que le da pesadumbre. Melancolizarse, entristecerse. Melancólico, triste y pensativo en común acepción. Algunos dizen melarchía y melárchico" ⁶⁴.

Partiendo de una fuente hipocrática como es la teoría de los humores, en este caso la bilis negra, Covarrubias destaca con acierto como distintivo de la melancolía el tono reflexivo que embarga su característica tristeza. El melancólico no es un enfermo cualquiera, sino un ser "triste y pensativo" por su propia naturaleza atrabiliaria. Aunque no hallamos aquí la relación melancolía/genialidad apuntada por los textos aristotélicos, sí aparece subrayado el momento de la reflexión, radicalmente humano como ya vieron los griegos, al afirmarse como esencial a la melancolía la presencia en ella del binomio pensamiento/tristeza. ¿Y qué pensamiento humano existe, al margen del puramente formal, en cuyo fondo no encontremos un poso de fugacidad y de tristeza?

Hablemos, por último, de Cervantes y su gran novela **Don Quijote de la Mancha**. Llama la atención la fragilidad del personaje, su aspecto arcaico, casi caricaturesco, frente a la colosal tarea que se ha impuesto que no es otra que luchar contra el mal social, contra la opresión de los débiles en una sociedad injusta. También debe valorarse como elemento central en la novela la "locura" de Don Quijote, quien aparentemente pretende hacer renacer la caballería andante medieval en un mundo moderno mercantilista. Pero, aparte del "encantamiento" que sufre en lo tocante a la caballería, ¿cómo razona en todo lo demás el hidalgo manchego? Con aguda penetración y gran talento.

⁶³ Alfonso de Palencia, *Universal Vocabulario en latín y en romance*, Sevilla, 1490, tomo I, s.v.; hay reproducción editada por la Asociación de Academias de la Lengua Española, Madrid, 1967.

⁶⁴ Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, edición de Martín de Riquer, Barcelona, S.A. Horta I.E., 1943, p. 797, s.v.

La visión del mundo de Cervantes aparece velada por la ironía y el humor. Sólo así era posible pensar de modo crítico el mundo en que vivió, abriendo un horizonte de esperanza a través de los sueños de un "loco" y los refranes de un "simple". La ironía es la argamasa que sustenta toda la novela. Ningún intelectual moderno europeo se nos muestra tan profundamente socrático como Cervantes. Frente al conformismo de Lope, al esteticismo de Góngora y a la amargura acerada de Quevedo, se levanta la ironía de Cervantes, no exenta de un tono melancólico.

Los términos melancolía/melancólico aparecen en diferentes pasajes de ***Don Quijote de la Mancha***. Así, se habla de "locuras malencónicas" a propósito del enamoramiento de Dulcinea del Toboso, a semejanza de Amadís de Gaula desdeñado de su señora Oriana ⁶⁵ ; de cargos o "gobiernos malencónicos", en contraposición al placer de una vida retirada en el campo⁶⁶; y de la "melancolía" o tristeza de Don Quijote en sus últimos días, quizá motivada por el pesar de verse vencido: " ¡Ay! -respondió Sancho llorando-. No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la *melancolía*" ⁶⁷ .

Cervantes, cuya vida estuvo plagada de penalidades y sinsabores, supo teñir de melancolía toda su gran novela. Sobre el interminable camino que sirve de escenario a la inmortal pareja, Don Quijote vive soñando una humanidad más justa, proyectando nuevas aventuras, siempre enamorado sin llegar a conocer a su amada, extraño y como ausente en un mundo que no es el suyo. De ahí la ironía del autor y la tristeza profunda del personaje que va por el mundo de derrota en derrota. Sólo al final, de modo casi dramático, sale a la luz esa tristeza cuando Sancho reconoce que su señor se muere de melancolía. El héroe de la primera novela moderna es, pues, un prototipo de hombre melancólico, "triste y pensativo".

ANDRÉS MARTÍNEZ LORCA

Catedrático de Filosofía Medieval
Facultad de Filosofía
Edificio de Humanidades
U.N.E.D., Madrid

⁶⁵ *Don Quijote de la Mancha*, I, XXVI.

⁶⁶ *Ibid.*, II, XIII. Vale la pena recordar ahora el pasaje concreto en el que interviene el escudero del Caballero del Bosque, en suave coloquio con Sancho: "Pues en verdad que lo yerra vuesa merced -dijo el del Bosque-, a causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena data. Algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos *malencónicos*, y, finalmente, el más erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor sería que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos a nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios más suaves, como si dijésemos cazando o pescando, que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo, a quien le falte un rocín y un par de galgos y una caña de pescar, con que entretenerse en su aldea?" *Ibid.*, II, XIII, cursiva mía.

⁶⁷ *Ibid.*, II, LXXIV, cursiva mía.